

Presentación del libro “*Historia de la Medicina Valenciana*” obra póstuma del Prof. Dr. D. José M^a López Piñero

*José Luis Peset**
Consejo Superior de Investigaciones científicas

JOSE MARÍA LÓPEZ PIÑERO Y LA ESCUELA MÉDICA VALENCIANA¹

Es difícil hablar de un libro escrito por una persona amiga y que fue maestro de tantas generaciones de historiadores de la medicina y de la ciencia. Profesor además que se caracterizó por sus amplísimos conocimientos y por la pasión que a ellos consagró. Fue sin duda, hasta su último día, un investigador incansable que consumió sus energías en su trabajo. Un esfuerzo intelectual en buena parte dedicado a uno de sus intereses predilectos, la medicina, la medicina valenciana, la medicina científica valenciana. Son innumerables los escritos que sobre este tema publicó José María López Piñero, no intentaré por tanto caer en el inútil intento de dar de ellos una visión panorámica. La reciente y completa bibliografía publicada por María Luz López Terrada da cumplida cuenta de su amplia dedicación al estudio de la historia de Valencia, en especial de su ciencia y su medicina.² Como Pedro Laín siempre se consideró un médico, o un estudioso de la medicina, a la que se acercaba a través de sus trabajos histórico-médicos. Se entiende así su esfuerzo por entender la medicina actual a la luz de la historia, que siempre fue la guía de sus escritos.

Consiguió López Piñero en sus estudios construir un valioso modelo de desarrollo de una muy rica escuela médica, señalando con acierto algunas de las características que modelaron el desarrollo de la escuela valenciana. Así su hipocratismo, que permitió a sus integrantes ser maestros de la observación y la práctica. También el interés por la ciencia, pues la física, la química o bien la historia natural siempre fueron notables componentes del saber médico valenciano. Y, en fin, la consideración del saber médico como arte, en un sentido muy amplio. Recuerdo ahora que hace muchos años, en un examen junto a M^a Luz Terrada y J. M^a López Piñero, se planteó el significado latino de *ars* y el griego de *tékhne*. Nos explicó este con un generoso ánimo el significado. Generoso como fue siempre en sus enseñanzas, aportando bondad e interés; generoso también por comprender en su concepto la relación de la ciencia, de la medicina con las humanidades. En cierto sentido me recuerda su aproximación al

¹ Presentación en el Colegio Oficial de Médicos de Valencia del libro de José María López Piñero, *Historia de la medicina valenciana*, Fundación del Colegio Oficial de Médicos de Valencia, Diputación de Valencia, Valencia, 2012.

² *Matrícula y lecciones*, Universitat de València, València, 2012, I, 31-59.

saber médico a las palabras que tuve la oportunidad de escuchar a Severo Ochoa en la presentación del libro de Pío del Río Hortega *El Maestro y yo*. Afirmó con rotundidad que la escuela de Cajal era una maravillosa combinación de arte y ciencia. Esto se entiende sin más cuando se ven los dibujos de Ramón y Cajal o de Río Hortega, de muchos histólogos españoles, pero también cuando se ve el interés de López Piñero por la imagen y el grabado, por encontrar la belleza en la ciencia. Así personajes como Martínez, Cavanilles, Bru o Cajal siempre estuvieron en su apasionado estudio. No extraña por tanto la aproximación que hace a la obra de Crisóstomo Martínez y de José Ribera, en sus grabados anatómicos para beneficio de médicos y científicos el uno, de artistas el otro.

La cultura valenciana tuvo siempre un componente médico de primera importancia, que López Piñero aquí hace remontar a la medicina del reino islámico de Denia. Se trata sin duda de una tradición médica importante, en la que se encontraba un gran interés por la cirugía, la farmacopea y la agricultura, así por las plantas medicinales. El personaje de Arnau de Vilanova se muestra también señero en el panorama medieval, como figura a caballo entre los mundos médicos, religiosos y cortesanos. También entre el galenismo y la medicina árabe, entre la tradición mágica y alquímica y la preocupación por medicamentos efectivos, que se dosifican según cualidades y grados. De todas formas, J. A. Paniagua demostró que muchos textos paramédicos de Arnau eran falsamente atribuidos, con lo que delineó una figura estrictamente sabia y pública. Siempre he pensado, sin embargo, que hizo un mal servicio al médico, pues si se hubiese mostrado como un Fausto dominador de tierras, mares y cielos hubiera tenido mucha mejor fortuna en el futuro.

Desde luego, también insiste López Piñero en los aspectos profesionales de la medicina y la cirugía. En esos gremios médicos y quirúrgicos, que en relación con el Ayuntamiento regulan la aceptación, estudios y ejercicio de estudiantes, médicos y cirujanos. Se consigue la creación de la Escuela de cirugía y más tarde de la Universidad, con muy notables estudios médicos, lo que no era norma habitual en estas instituciones, dirigidas en general a ensalzar la teología o los derechos, menospreciando en cambio las ciencias y las técnicas. La obtención del permiso de diseccionar cadáveres fue considerada por Luis García Ballester con razón como esencial para la mejora de la práctica médica y sobre todo quirúrgica. Así siempre tuvieron papel destacado la cirugía y la anatomía en el seno universitario, lo que separa también a las aulas valencianas de la tradición usual en estas instituciones. Sin duda, la influencia francesa y más la italiana, sin olvidar la árabe y la hebrea, fueron esenciales. Además, han sido notables los hospitales, reales, eclesiásticos y particulares, que darán paso más tarde al Hospital de Dementes y al Hospital General, tan bien conocidos por Hélène Tropé y M^a Luz López Terrada.

El Renacimiento fue época de brillante esplendor en la tradición médica valenciana. José María López Piñero lo muestra, insistiendo en dos elementos esenciales de esta tradición, el humanismo y el hipocratismo. En cierto sentido, eran dos caras de una misma moneda, el rescate del saber antiguo al servicio del moderno. La admiración por las lenguas clásicas, por la lectura de los textos depurados de los grandes médicos de la antigüedad, permitió a los profesionales valencianos la recuperación de la mirada y el respeto a la naturaleza, su conocimiento y su acatamiento, como servidores hipocráticos de sus mandatos. Se entiende tanto el resurgir de la anatomía, como el de la botánica médica y la clínica práctica. Así se produce de manera temprana la introducción de la anatomía vesaliana, llevando al descubrimiento de un nuevo hueso, el estribo. Destacan Pedro Jimeno y Luis Collado, quienes difundirán la buena nueva en Alcalá, Salamanca y hasta Guadalupe, de forma directa o a través de discípulos. En el estudio de la botánica médica, de las “hierbas”, destacan los nombres de Pedro Jaime Esteve, Juan Plaza y Jaime Honorato Pomar. También esta época es el origen de interesantes huertos medicinales, así el valenciano. Se produce entonces la difusión internacional de las novedades en historia natural, a través de las relaciones con naturalistas europeos, como Clusius, o con América, a partir de los estudios hechos allá por Francisco Hernández, el médico de Felipe II. El bello códice Pomar fue objeto de cuidados estudios por parte de José M^a López Piñero.

La clínica se benefició de ese humanismo, que permitió tanto un buen conocimiento de los clásicos, como del hipocratismo renovado. Así el ojo del médico se dirigió a su derredor y encontró problemas de salud en las ciudades (tradición también árabe) y en el campo, siguiendo pautas hipocráticas. Las grandes enfermedades de la época fueron objeto de estudio para los médicos valencianos, en especial la peste y la sífilis. Aquella explotó de forma potente tras la peste negra, la sífilis a partir de los contactos con Italia y América. Algunos de estos médicos se beneficiaron del poder del papa Borgia en la sede pontificia. Lluís Alcanyís, Gaspar Torrella, Pere Pintor, Joan Almenar son los más egregios nombres. La labor del primero en beneficio de la universidad y su posterior terrible condena nos dan muestra de la importancia de la tradición de los hebreos y conversos. Pero también del dominio terrible de la Inquisición en la evolución de la ciencia, que lastraría su desarrollo por siglos. En fin, la preocupación por hallar eficaces remedios, así los minerales y los botánicos (para la sífilis el mercurio, o bien el palo santo o guayaco), o por sus nuevas interpretaciones permitieron la entrada del atomismo y del paracelsismo, en manos de Pere d'Olesa y Lorenzo Cózar.

La muy notable Ilustración valenciana se inicia con el movimiento *novator*, también estudiado por Víctor Navarro. Recuerda López Piñero que en 1687 se producen tres acontecimientos relevantes. La publicación de la *Carta filosófica, médico-chymica* de Juan de Cabriada; los comienzos de las tertulias valencianas, así la de Iñigo, Tosca y Corachán; y, en fin, la marcha hacia París de Crisóstomo Martínez.

La belleza del atlas anatómico de este, que tanto le interesó, ha sido más tarde analizada por María José López Terrada junto a Felipe Jerez Moliner como una *vanitas*, como un recuerdo de la muerte, presente siempre en los grabados anatómicos desde el Renacimiento, sean los de Vesalio o los de Valverde. Resurge además un gran interés por las lenguas clásicas, como Pérez Pujol y Gregorio Mayans quisieron. Andrés Piquer editará así antiguos textos hipocráticos, como recordaba Vicente Peset. Hipócrates vuelve a ser la guía de la enseñanza médica, pues consiente tanto la observación y la práctica, como la apertura al conocimiento de la naturaleza a través del saber científico.

Las ciencias que se han revolucionado en el siglo XVII se expanden ahora, así en España y América. Por tanto el siglo XVIII conoció la renovación de los libros de texto, la interpretación del ser humano, su salud y enfermedad desde la ciencia, en forma de mecanicismo, o de vitalismo. La gran figura del aragonés Andrés Piquer supuso una puesta al día de estos saberes. Supo aunar la medicina clásica con la moderna, el mecanicismo con el eclecticismo, la edición de clásicos con la lectura de los modernos. Ese saber equilibrado entre el empirismo y las distintas corrientes científicas, permitió con el eclecticismo la puesta al día de la práctica médica y su enseñanza. Esto llevó a la creación de las cátedras de práctica o clínica, en Valencia se pudo disfrutar de esta enseñanza a través de la lección de Félix Miquel, estudiado por Rafael Peset dentro del movimiento anatomoclínico y luego de forma completa por Jorge Navarro. Entraron muchas especialidades, señalemos el interés por las plantas medicinales en el jardín botánico que el plan Blasco quiso. Tras los avatares de la guerra y la crisis fernandina se consolidó a partir de 1829 con José Pizcueta, heredero de Cavanilles a través de Mariano Lagasca.

Igualmente, poco a poco, tras el declive de las primeras décadas del ochocientos, las aulas y el saber médicos se fueron recuperando. El conocimiento anatómico mejoró, se conoció la importancia de la disección y las autopsias. También de la microscopía y la histología, en cuyo estudio destacaron Roberto Marco y María Luz Terrada. Juntamente la anatomía adquirió unos métodos nuevos y formas distintas de encararla. Sobresalieron la anatomía comparada y la evolucionista, en manos de Peregrín Casanova. Fue muy importante la figura de Luis Simarro, estudioso tanto del cuerpo como de la mente, interesado en la mejora de la ciencia y la clínica, la medicina y la política, el arte y el saber. De sus manos pasaron algunas tinciones a Santiago Ramón y Cajal, quien empezó su andadura en Valencia, antes de Barcelona y Madrid. Fue Cajal otra de las grandes pasiones de José María López Piñero, como puede constatar cualquiera que se acerque a sus muchas publicaciones sobre este autor, o bien al museo que montó en la cátedra e instituto. En el libro que comento insiste en la relación que tuvo con Valencia, la buena compañía que encontró entre sus colegas, así como sus trabajos de investigación. Aquí se iniciaron sus trabajos sobre la estructura

celular y al parecer allí comunicará sus resultados sobre la polarización dinámica de la neurona.

Entre los compañeros que encontró en Valencia, podemos señalar entre otros muchos a Amalio Gimeno, quien desarrolló un amplio conocimiento químico y permitió que las técnicas de laboratorio entraran de forma definitiva en la Universidad valenciana. También destacó en Pediatría la figura de Ramón Gómez Ferrer. Entre las muchas especialidades que alcanzaron nivel europeo, me voy a detener, por ser otro de los temas fundamentales de López Piñero, en el interés que la Higiene y la Salud Pública alcanzaron en Valencia, precisamente cuando Letamendi y su escuela convertían la preocupación por la salud en mera especulación. José María volvió la vista atrás, hasta la figura del ilustre Luis Vives, con sus ideas de sanidad para las ciudades (que meditaría en Valencia y Brujas) y su socorro de pobres. Por sus páginas ha pasado Gavaldá con sus descripciones incluso numéricas de la peste barroca; también Cavanilles y su interés por los problemas de los cultivos valencianos, así del arroz. De forma muy destacada señala la labor del Instituto Médico Valenciano, con su notable papel de centro de vacunación, en donde se redactó además una de las principales *Topografías* médicas. En fin, no se olvida la presencia de Ferrán cuando la epidemia colérica de 1885. Otros buenos especialistas fueron Francisco Moliner y Constantino Gómez Reig, siempre preocupados por la mejora de la higiene y la salud pública. La preocupación por las aguas de Valencia, o por el tratamiento de la tuberculosis es destacada.

También publicó Ramón y Cajal en Valencia su *Manual de Histología*, gracias a Amalio Gimeno. Esta novedad nos habla de la importancia de las editoriales médicas valencianas, como la Pascual Aguilar y la Pubul. Además, al empezar el siglo tuvo lugar la creación en Madrid de la más importante institución científica del país, la Junta para Ampliación de Estudios. Fue posible, en buena parte, gracias a los que irónicamente fueron llamados “trío de valencianos”, sin ser de aquí ninguno de ellos. Firmó la disposición Amalio Gimeno, presumió de dar las ideas y la presidió Santiago Ramón y Cajal. Luis Simarro colaboró en su organización y fue sin duda un gran apoyo. La aparición de mujeres universitarias e investigadoras fue también una gran novedad de este período. En fin, el siglo XX, como López Piñero señala, está en muy buena parte por estudiar. Sus estudios, y los de quienes con él colaboraron sobre el siglo XIX, deben ser continuados sobre el XX, e incluso el XXI. Período brillante y oscuro, glorioso y trágico, que le tocó vivir y siempre puso a prueba su incansable energía al servicio de su creencia en el futuro.

Sin duda, el optimismo de José María López Piñero en la labor de mejora de la enseñanza y la investigación motivó a muchos de nosotros, tanto estudiantes como profesionales. Así lo muestran los elogios escritos a su muerte sobre su papel en el Colegio Luis Vives. También su amplia escuela de historia de la medicina, y de la

ciencia. Pocos universitarios españoles han animado a tanta gente al estudio, al conocimiento histórico, a la ilusión de mejorar nuestra cultura. Sin duda, fue un ingenuo, pero al menos nos ilusionó a muchos. Aunque luego, la realidad haya ido muchas veces por otros derroteros. Y no hay que olvidar, y hay que recordar, que si bien tampoco él fue valenciano, nacido en Mula (Murcia), pronto se aclimató a Valencia. Su historia, su historia científica y médica, se convirtió para él en tema principal, como muestran bien las miles de páginas que le dedicó. Si es imposible aquí recordar siquiera una mínima parte de ellas, al menos es posible asegurar la admiración que por tan generoso empeño muchos sentimos. Y recomendar la necesaria lectura de algunas, de muchas de ellas, para comprender el pasado de la medicina, la ciencia y la cultura valenciana, y española. Sin duda esta antigua tradición médica, que él con tanto cuidado rescató, ha tenido siempre una notable repercusión –al menos simbólica- entre quienes estudiamos en la facultad de medicina. Su trabajo y su palabra sirvieron para convertir esa historia rescatada en una mejora del presente y, en ello confiamos, del futuro. Así hubiera él querido.